

TEMA 16. La Guerra Civil (1936-1939): la sublevación militar y el estallido de la guerra. La dimensión internacional del conflicto.

1. La sublevación militar contra la República

Aunque las reuniones conspirativas ya habían comenzado a finales de 1935, el triunfo electoral del Frente Popular precipitó en los cuarteles los preparativos de la insurrección armada antirrepublicana, de cuya planificación se encargó el general Emilio Mola desde su destino en la comandancia militar de Pamplona. Por su parte, el gobierno tenía sospechas, pero sólo disponía de informaciones parciales acerca de las intenciones e identidad de los golpistas. La participación de elementos civiles en la trama del golpe fue muy limitada y poco significativa, puesto que los mandos militares se reservaron en todo momento el protagonismo en la dirección y en la toma de decisiones.

Los generales conspiradores se proponían aprovechar el factor sorpresa para derribar al gobierno frentepopulista republicano mediante un golpe de fuerza, cuyo objetivo era la rápida conquista de las principales ciudades. Después de algunas indecisiones y de varios aplazamientos en la fecha, el levantamiento militar comenzó el 17 de julio de 1936. Sin embargo, el golpe de Estado fracasó en Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia porque **los sublevados no consiguieron el respaldo de la totalidad de las fuerzas armadas**. La profunda división dentro de la oficialidad y los mandos del propio Ejército, sumada a la incapacidad gubernamental para derrotar a los rebeldes durante las primeras horas y a la inmediata decisión de las autoridades republicanas de repartir armas a los miembros de las organizaciones sindicales y partidos del Frente Popular convirtieron el golpe militar en una larga y sangrienta Guerra Civil.

De manera unánime, los sectores derechistas y católicos del país justificaron el golpe de Estado como un «alzamiento defensivo del Ejército y del pueblo para salvar a España de un gobierno marxista, revolucionario y anticatólico que amenazaba la unidad nacional». Las **fuerzas políticas que se sumaron inmediatamente al levantamiento militar** fueron la CEDA, Falange, los carlistas, los monárquicos alfonsinos y la Lliga catalana. Además, los latifundistas, los aristócratas más ricos y los empresarios más poderosos alentaron y financiaron el golpe militar por temor a perder su predominio económico como consecuencia de las reformas frentepopulistas. Asimismo, la mayoría de los pequeños campesinos castellanos respaldaron mayoritariamente al «bando nacional» (como se autodefinieron los sublevados por oposición al bando republicano, que recibió de ellos la denominación de «bando rojo»). Alfonso XIII también apoyó y colaboró financieramente con el bando antirrepublicano desde el exilio. Dentro de las fuerzas armadas, la mayor parte de los oficiales y la totalidad de las unidades acuarteladas en Marruecos se unieron al alzamiento, mientras que algo más de la mitad de los efectivos del Ejército en la Península permaneció leal al gobierno republicano.

El clero católico español también prestó un decidido apoyo ideológico y propagandístico a los militares sublevados. En diferentes documentos dirigidos a los fieles de dentro y fuera de España, **los obispos justificaron el levantamiento militar** y describieron el conflicto como una «Santa Cruzada para salvar la civilización cristiana». Lo cierto es que la Iglesia apenas tuvo otra opción, ya que durante las primeras horas de guerra y antes de que las jerarquías eclesásticas se pronunciaran pública y oficialmente en favor del alzamiento, se desencadenó una **sangrienta persecución contra el clero y los católicos en la zona controlada por el bando republicano**. Como consecuencia de esta indiscriminada matanza colectiva de miembros del clero, perdieron la vida cerca de 7.000 sacerdotes, monjes y monjas (además muchos fueron torturados y mutilados antes de morir). Más de la mitad de las víctimas de esta ofensiva anticlerical murieron durante los dos primeros meses de guerra a manos de milicianos anarquistas, comunistas y socialistas, que actuaron de manera incontrolada y con impunidad absoluta. Además, en la zona republicana todas las ceremonias religiosas quedaron suspendidas, los objetos litúrgicos y las imágenes fueron muchas veces profanados y destruidos, mientras que las iglesias y conventos que no fueron incendiados se reconvirtieron en improvisados almacenes, garajes, hospitales, salas de baile, cuarteles, teatros o centros sindicales.

Por el contrario, **el proletariado urbano, los jornaleros rurales y las clases medias progresistas integraron el grueso de la resistencia popular a la sublevación**. Durante las primeras horas posteriores al

golpe, el gobierno republicano tomó la decisión de entregar miles de fusiles y cartuchos a los afiliados de las organizaciones sindicales y partidos del Frente Popular, que formaron unidades de combate compuestas por voluntarios civiles anarquistas, socialistas y comunistas denominadas **milicias**. Estos milicianos lograron frenar la insurrección militar durante las primeras semanas de guerra y además asumieron funciones policiales (controles en calles y carreteras, registros domiciliarios, detenciones e interrogatorios). Por su parte, los muy católicos dirigentes del PNV optaron en el último momento –con poco entusiasmo– por unirse a la defensa del régimen republicano por considerar que este era el único medio de conseguir un Estatuto de autogobierno para el País Vasco. Sin embargo, la población de Álava y Navarra –donde había menos peneuvistas– se sumó masivamente al alzamiento antirrepublicano.

La guerra también dividió a los intelectuales españoles. A lo largo del conflicto, muchos escritores, literatos y artistas optaron –por muy diversos motivos y con mayor o menor entusiasmo y convencimiento– por apoyar al bando franquista. Así lo hicieron José Ortega y Gasset, Azorín, Pío Baroja, Josep Pla, Miguel de Unamuno, Manuel Machado, Ramón Gómez de la Serna, Ignacio Zuloaga, José Gutiérrez-Solana, Gerardo Diego, Jorge Guillén y Gonzalo Torrente Ballester.

Por el contrario, otros se mantuvieron fieles al bando republicano: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Pablo Picasso, Joan Miró, Ramón J. Sender y Luis Buñuel.

2. Las causas de la Guerra Civil

Los motivos que provocaron el enfrentamiento entre los españoles fueron múltiples y complejos. No obstante, los tres factores principales que se encontraban en el origen de la Guerra Civil fueron las causas socioeconómicas, el antagonismo ideológico y el conflicto religioso.

En primer lugar, la guerra tuvo una **dimensión socioeconómica**. La mayoría de los propietarios –y no sólo los más ricos sino también los más humildes– respaldaron al bando antirrepublicano con el propósito de defender sus intereses materiales y su modo de vida. Por el contrario, casi todos los trabajadores asalariados urbanos y los campesinos sin tierras se movilizaron a favor de la República con la esperanza de hacer realidad una revolución igualitarista, que acabara con su miseria y liquidara las diferencias sociales y materiales.

En segundo lugar, **los españoles estaban separados por fuertes y arraigadas diferencias ideológicas** que oponían de forma cada vez más radical y excluyente a izquierdistas contra derechistas y a demócratas contra antidemócratas.

Por último, el conflicto armado también tuvo **causas religiosas**, puesto que los católicos tomaron las armas para sostener sus convicciones frente a quienes pretendían reducir la influencia de la Iglesia o incluso habían declarado su disposición a exterminar al clero.

3. La dimensión internacional del conflicto

La intervención de las potencias extranjeras condicionó de forma decisiva la duración, la evolución y el resultado del conflicto español, que se desarrolló en un contexto internacional marcado por la conflictiva convivencia entre los países democráticos, los países fascistas y la URSS comunista en el continente europeo. La guerra española se internacionalizó rápidamente y ambos bandos buscaron pronto suministros y armamento en el exterior.

Los sublevados recibieron la ayuda de Alemania, Italia y Portugal. Hitler respondió inmediatamente a la petición de Franco y envió material bélico y aviones *Junker 52* que resultaron indispensables para el transporte del ejército de África desde Marruecos hasta la Península. Esta maniobra fue decisiva para la suerte de los sublevados durante las primeras horas del alzamiento. Posteriormente, y a lo largo de los tres años de guerra, los alemanes mandaron un pequeño cuerpo de tropas de combate –la Legión Cóndor– formado por unos 4.500 soldados y más de 600 excelentes aviones. Los motivos que impulsaron a Hitler a intervenir fueron económicos (obtener minerales y materias primas españolas) y estratégicos (debilitar a Francia, su principal adversario desde la I Guerra Mundial, pues el gobierno republicano era profrancés).

La Italia fascista de Mussolini también colaboró con 1.000 tanques, 2.000 cañones, 700 aeroplanos, munición, combustible y unos 40.000 hombres que fueron encuadrados en el *Corpo di Truppe Volontarie* y lucharon contra las fuerzas leales a la República. Las dos razones de la ayuda italiana al bando franquista

fueron la simpatía ideológica y la posibilidad de ganar un aliado en el área mediterránea. Del mismo modo, el gobierno dictatorial portugués facilitó la llegada a España de unos 1.000 combatientes voluntarios derechistas, que fueron conocidos con el nombre de «viriatos».

Al terminar la guerra, el bando franquista pagó los envíos alemanes recibidos a crédito con divisas, materias primas y minerales (hierro y wolframio fundamentalmente). Por el contrario, Mussolini perdonó gran parte de la elevada deuda contraída por Franco.

Por su parte, **el bando republicano solicitó sin éxito ayuda a Francia y Gran Bretaña**, ya que estos dos países decidieron mantenerse neutrales. Como el gobierno conservador británico estaba convencido de que en España se enfrentaban los comunistas frente a los contrarrevolucionarios, se negó a exportar armamento al bando republicano por temor al triunfo de una revolución bolchevique en la Península Ibérica y para evitar un aumento de las tensiones con Hitler y Mussolini. Mientras tanto, el gobierno francés, que durante los primeros días de guerra había vendido material aéreo al gobierno de la República, decidió suspender las entregas presionado por Gran Bretaña. En septiembre de 1936 y a iniciativa de los gobiernos británico y francés, se alcanzó un compromiso internacional para aislar el conflicto español, impedir su expansión al resto del continente y prohibir la venta de material bélico a cualquiera de los bandos en lucha. Para ello, se creó un **Comité de No Intervención** al que se adhirieron casi todos los países europeos. Sin embargo, este acuerdo fue saboteado por Alemania, Italia y la Unión Soviética, que realizaron envíos de material militar a los contendientes durante años.

Después de que concluyeran sin éxito todos los desesperados esfuerzos por encontrar auxilio entre las potencias democráticas, **el gobierno republicano se puso en contacto con el gobierno de Stalin para comprar armas a la URSS**. Stalin aprobó el envío a España de unos 2.000 asesores militares y de cientos de excelentes aviones, así como de numerosos carros de combate. Los tres motivos principales que le impulsaron a tomar esta decisión fueron: el intento de contrarrestar el apoyo armado de Alemania e Italia al bando antirrepublicano y el afán por mantener la credibilidad de la URSS como potencia impulsora de la revolución proletaria a escala mundial, que quedaría probada si los soviéticos iban en auxilio de sus camaradas españoles del PCE.

Al mismo tiempo, los soviéticos se encargaron de movilizar a la opinión pública de Europa y América e impulsaron la creación de las **Brigadas Internacionales**. Este cuerpo militar estaba formado exclusivamente por voluntarios izquierdistas y comunistas que, con el propósito de detener el avance del fascismo, llegaron a España desde diferentes países para combatir en defensa de la República. En total, se calcula que unos 40.000 brigadistas procedentes de todas partes del mundo lucharon contra el bando franquista en la Guerra Civil.

El gobierno republicano pagó –al contado y a precios muy elevados– los suministros enviados por los soviéticos con las importantes reservas de oro y plata depositadas en el Banco de España, que se agotaron muy pronto. La llegada del material militar soviético tuvo consecuencias trascendentales. En primer lugar, evitó el hundimiento del ejército republicano y contribuyó así a la prolongación de los combates; y en segundo lugar, la ayuda stalinista reforzó la posición de poder e influencia de los comunistas españoles dentro del gobierno republicano. De cualquier manera, a finales de 1938, los gobiernos de Gran Bretaña y Francia ya habían iniciado una decisiva aproximación a Franco, cuyo gobierno terminó por ser reconocido como el único legal en España por británicos y franceses en febrero de 1939.

Por otra parte, un gran número de conocidos intelectuales, artistas y literatos extranjeros se solidarizaron con la causa republicana. Entre ellos se encontraban el científico Albert Einstein, el escritor alemán Thomas Mann, los novelistas ingleses George Orwell y Aldous Huxley, los literatos norteamericanos Ernest Hemingway, William Faulkner y John Dos Passos, los artistas franceses Louis Aragon, Tristan Tzara y André Gide, el dramaturgo alemán Bertolt Brecht y los poetas hispanoamericanos Pablo Neruda y Octavio Paz.